

CAPÍTULO VI

**De la mano á la boca
se pierde la sopa**

Como es de suponer, Eduardo, cuando se despertó, estaba perdidamente enamorado de Herminia. En su imaginación se prometía ser fiel y discreto, y no pensaba sino en la hora dichosa en que podría volver á su lado. La segunda vez todo pasó como en la víspera, con la única diferencia que nuestro héroe, un poco más aguerrido, atravesó el puente con rapidez é indolencia pasmosas. El subsiguiente día, ídem de ídem, y como los que se iban sucediendo se parecían como una gota de agua á otra, al cabo de una semana no había en París quien pasase por una tabla con tanto garbo como Eduardo; de modo que de durar un año el ejercicio, éste hubiera llegado á ser uno de los acróbatas más notables de la metrópoli.

Los diez ó doce días primeros no parecieron largos á Eduardo; y es que los ocupaba completamente con el recuerdo de la víspera y las esperanzas de la noche venidera; poco á poco, empero, fué notando un vacío, y tras el vacío sintió la necesidad de ver nuevamente á sus antiguos amigos, á quienes olvidara por sus nuevos amores.

Cuanto á María, que al parecer tomara con tanta frescura la deserción de su amante, ardía en deseos de saber qué había sido de él y aún la hubiera complacido que el acaso hubiese tomado á su cargo el vengarla; pero por más que hizo, nada pudo saber, sino que á Eduardo no se le veía en parte alguna, en paseos ni teatros y que empezaba á cundir la creencia de que, cual nuevo Curcio, se había arrojado á un abismo. Entonces fué cuando aquél apareció de improviso en el bulevar, punto de reunión cotidiano de sus amigos.

Uno de los primeros á quien vió Eduardo, fué á Edmundo, el cual continuaba buscando habitación y querida'

siendo excusado decir que no hallaba una cosa ni otra.

—¡Ah! mi querido amigo,—dijo aquél á Eduardo,—lo que me falta es una mujer como María y una habitación como la tuya.

—¿Acaso no consiente en amarte, María?

—¡Ay!

—¿Qué tal te recibe?

—Unas veces mal, y otras peor.

—Toma distinto rumbo.

—No conozco otro.

—¿Qué quieras que te diga? Espera.

—¡Si á lo menos pudiese mudar de casa! No doy con habitación alguna ni por un ojo de la cara. Tú lo hallas todo á medida de tu capricho.

—Busca.

—No hago otra cosa; pero ya que tienes intención de cambiar de domicilio, deja tu habitación y cédemela.

—Es imposible.

—Adiós pues.

—Adiós.

A media noche Eduardo volvió á recorrer el trayecto aéreo, cual había he-

cho la víspera y debía efectuar al día siguiente.

Con todo, semejante existencia se hacía un poco monótona á nuestro héroe, quien varias veces había rehusado partidas de recreo que quince días antes hubiera aceptado, disfrutando grandemente en ellas á pesar del nuevo sesgo que tomara su existencia.

Eduardo veía como todos sus amigos continuaban por la senda misma en que él les acompañara en otro tiempo, y empezaba á considerarlos más dichosos que él. Pasadas las primeras horas de embriaguez, se puso á meditar sobre la posición ridícula en que se colocaba, refrescáronsele las primeras ideas, pero más persistentes y más claras todavía que en un principio. Cuando por acaso tenía una noche libre, debíase á que Herminia estaba de baile y empleaba en trajes, flores y danzas el tiempo que debiera haberle concedido á él.

Como ya hemos visto, el joven no estaba realmente enamorado; pero raciocinaba cual si verdaderamente hubiese sido así, y no perdonaba á Herminia que

hiciese lo que á él le hubiera placido hacer con frecuencia. Además, como si los beneficios eran grandes las cargas lo eran todavía más, resultó que, fuese que no pudiese soportar las vigili-
as, ó que aquélla estuviere exigente, Eduardo se aburría á ojos vistos.

En la Opera continuaban los bailes, á los cuales Herminia quería concurrir, aunque no consintiendo que las noches libres que dejaba á su amante éste las ocupase en otra cosa que en pensar en ella; y como la taimada tenía, gracias á la mujer que la acompañaba á la Opera, un sistema de espionaje muy bien combinado, si hubiese sabido que Eduardo había pasado la noche fuera de su casa, al día siguiente le hubiera llenado de reproches y mostrándose furiosamente celosa. Eduardo conocía pues que su posición iría haciéndose más insostenible cada día, y que el accidente más trivial podía convertirle, á él y á su tabla, en hazmerreir de sus amigos.

Muchas veces había ensayado compartir con Herminia las horas de tristeza en que á las veces quedaba sumergi-

do y que de algún tiempo á aquella parte experimentaba con más frecuencia. Entonces se arrojaba á los pies de su amada, y por espacio de algunos minutos hacía por olvidar la querida por la amiga; pero pronto advertía que semejante divagadora plática, que aun los seres más dichosos sostienen y que nos proporciona el reposo de un sueño, era del todo desconocida á la joven. Herminia ni siquiera tenía la caridad de corazón que María, la cual, á pesar de su liviandad, borraba la sonrisa de sus rosados labios cuando Eduardo estaba triste. Infinitas veces el joven había asido las manos á su amada, y con la dicha que experimenta el hombre al hablar de su vida, por indiferente que sea á los demás y uniforme á los propios ojos, había contado á Herminia su primera juventud, y, por decirlo así, buscado en el amor de ésta la continuación del amor de su madre; pero nunca brotó una palabra de consuelo de labios de la joven, cuyo vehementemente corazón, abierto á las pasiones, parecía estar cerrado á todo sentimiento.

Eduardo, al aceptar aquella intriga

excéntrica y nueva para él, había querido poetizarla toto lo posible; pero debió renunciar á ello, y al renunciar darse la enhorabuena de no amar á Herminia.

Por fin sucedió lo que suceder debía, esto es que, no hallando en la mujer aquella, nada verdadero más que la pasión, llegó á despreciarla y no pensó ya sino en romper unos lazos que databan aún no de dos meses.

Llegó la víspera del jueves de la tercera semana de Cuaresma, y en este día, como en los demás, Eduardo echó la tabla entre las dos ventanas, cruzóla, la retiró, volvióla á pasar y la retiró de nuevo con aire el más resignado del mundo.

—Mañana será V. libre, —le dijo Herminia;—en la Opera se da el último baile y quiero ir. Le veré á V. en él ¿no es eso?

Hacia tanto tiempo que Eduardo no asistiera á baile alguno, que tal concesión le causó una alegría infantil.

Edmundo fué también el primero con quien el joven se encontró en el baile.

—¿Qué tal?—preguntó éste á aquél

—hay novedades? ¿Todavía no has hallado casa?

—No.

—¿Y mujer?

—Tampoco.

—¿Y la que conducías del brazo hace poco?

—Es María.

—¿Continúa inflexible?

—Como siempre.

—Mejor para tí, porque en las mujeres no todo son glorias.

—¿Acaso sientes alguna desazón íntima?

—No; sin embargo experimento una gran zozobra.

—Cuéntamela.

—Eres demasiado hablador.

—Cuenta y nada temas.

Largo tiempo hacía ya que Eduardo sentía necesidad de confiar á alguien sus aventuras y sus desgracias; de consiguiendo empezó á referir á Edmundo, después de formal promesa de éste de que guardaría el secreto, el modo como conociera á Herminia, las cartas que de ésta recibiera, las citas nocturnas y la

UNIVERSIDAD DE NUEVO L
BIBLIOTECA UNIVERSITA
"ALFONSO REYES"
1950. 0625 MONTERREY, MEXI

excentricidad de su carácter, y por fin le expuso cuantas razones le obligaban á romper con ella.

Edmundo, que había escuchado con atención suma á Eduardo, cuando éste hubo concluído, dijo:

—No te queda sino un camino.

—¿Cuál?

—Partir para un viaje.

—Ya había pensado en ello. Y á propósito...

—¿Qué?

—Si quieres, parto y te cedo mi habitación.

—Iba á pedírtelo. ¿Y desde cuando?

—Desde mañana. El mérito de las grandes resoluciones consiste en ponerlas en práctica inmediatamente. Toda mi vida he sentido deseos de ver las Pirámides, y voy á aprovechar esta ocasión para efectuarlo.

—No hay hombre más dichoso que yo—dijo Edmundo para sus adentros.

--Quedamos pues de acuerdo—prosiguió Eduardo.—Te dejo mis muebles y cuando regrese me los devuelves.

—Perfectamente.

—Pero sobre todo silencio.

—¡Hombre! ¿somos niños?

—Pues para mañana á medio día te aguardo en casa.

—Iré; adiós.

Eduardo hizo que le franquearan la puerta del palco número 20 en el que se encontraba Herminia.

Cuanto á Edmundo, mientras iba de acá por allá cual si el haber conseguido para sí aquella habitación tan deseada le hubiese hecho perder el tino, se vió detenido por un dominó que le asió del brazo y en quien conoció á María.

—¿Eduardo está en el baile?—le preguntó ésta.

—Sí.

—En el palco número 20, ¿no es eso? Acabo de verle en él en compañía de una mujer.

—Tal vez.

—¿La conoce usted?

—No.

—Dígame usted tan sólo su nombre.

—Lo ignoro.

—Me está usted engañando.

—Cuanto puedo decir á usted es que

desde mañana la habitación de Eduardo va á ser la mía; si quiere usted visitarme ..

—¿Adónde se va?

—Sale para viaje.

—¿Por qué motivo?

—Ahí el quid,—repuso Edmundo con acento del hombre que está en el intrín-gulis y finge discreción.

—Ea, Edmundo—dijo María con mimo—dígame usted.

—Es usted demasiado picotera.

—Dígame usted; si me lo dice voy á quererle hasta más no poder.

—¿De veras? ¿y no va usted á confiar el secreto absolutamente á nadie?

—Ya lo verá usted.

Edmundo se puso entonces á contar palabra por palabra á María lo que le había contado Eduardo.

—Curiosa es la historia,—dijo la joven.

—Pero sobre todo no diga usted nada á quien quiera que sea.

—Cuenta usted con mi discreción; pero, permítame usted, por allí pasa un conocido...

María soltó el brazo de Edmundo y se separó de éste como si hubiese tenido que hablar con alguno, luego abandonó la platea y se fué á mirar por la ventanilla del palco n.º 20. Eduardo estaba todavía en él, pero á poco se salió. Entonces, y una vez éste se encontró fuera del baile, la joven apoyó las manos en el borde de la ventanilla, se levantó de puntillas, y dijo:

—¿Sigue siendo consistente la tabla?

Herminia se volvió cual si la hubiese picado una víbora; pero María había desaparecido riendo como una loca.

La amante de Eduardo se salió del palco y abandonó el baile á su vez.

Cuanto á nuestro héroe, que se había retirado á descansar, con objeto de levantarse temprano y preparar todo lo necesario para el viaje, á primera hora de la mañana siguiente fué á tomar pasaje para el correo que salía de Marsella, hizo refrendar su pasaporte, se fué á buscar dinero á casa de su notario, y á las once y media estaba de regreso.

A mediodía fué Edmundo á verle, y

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

de buenas á primeras le preguntó si persistía en emprender el viaje.

—Ya lo ves,—respondió Eduardo mostrándole sus maletas á medio arreglar.

—¿Así, pues, puedo mandar traer aquí mis trebejos?

—Sí puedes.

—Me quedo contigo hasta las seis; quiero acompañarte á la estación.

—Como quieras.

Edmundo, lleno de alegría, empezó á recorrer su nueva vivienda, y cuando hubo llegado al cuarto tocador, preguntó:

—¿Es la famosa tabla?

—La misma.

—Ya comprendo, tú la apoyabas en los dos rebordes y luego cruzabas de una á otra parte; no he visto muchacho de más chiripa. ¿No era á media noche que te trasladabas ahí enfrente?

—Sí.

—¿Dabas alguna señal?

—No. Ella abría su ventana, y yo la mía, colocaba la tabla y...

—Ya entiendo; pero ¿y si te hubiesen visto?

—Ni en el cuarto de ella ni en el mío había luz; además la casa está inhabitada. El aposento donde ella me recibía está separado de los demás, y su tía vive en la parte de allá del palacio.

Una vez listas las maletas, los dos amigos salieron juntos.

—Parto para un viaje,—dijo Eduardo al portero;—y luego é indicando á Edmundo, añadió:—El caballero guardará mi habitación durante mi ausencia, que no durará más allá de cuatro meses; á bien que tengo seis pagados.

—Está bien, señor,—contestó el portero—pero aguarde, ahí tengo una carta que acaban de traer para V.

—Deme.

Eduardo, que en el sobre conoció la letra de Herminia, después de leer la carta, dijo á Edmundo.

—Me recomienda que no falte esta noche, pero á la hora para la cual me cita me encontraré ya á veinte leguas de París.

En efecto, á las seis Eduardo había partido.

A media noche, Edmundo, instalado

en su nueva casa, entró en el tocador y abrió la ventana, á cuya operación respondió enseguida la de enfrente. La noche estaba tan neblósina, que no se veía pared alguna. Aquel cogió la tabla, la hizo deslizar por el reborde y sintió que una mano la cogía del extremo opuesto.

—¡Por fin!—pensó el infeliz; ¡ahí una mujer! Si esta vez no logro ver cumplidos mis deseos, es que el diablo anda por medio.

Edmundo se subió á caballo sobre la tabla, no sin cierto reconcomio, y al cabo de un instante sintió una mano que le impedía seguir adelante y una voz que le preguntaba:

—¿Recuerda V. lo que le dije la primera vez que nos vimos?

—¿Qué?

—Que el día que hablase V. de mi una sola palabra, le mataría, y lo que ofrezco cumplo.

Y al mismo instante la joven repelió la tabla, que cayó, ahogando en el ruido que produjo en su caída el último grito de Edmundo.



A los cuatro meses y conforme dijera, Eduardo estaba de regreso, y al lle-



Y al mismo instante la joven repelió la tabla...

gar á su calle, vió cómo derribaban el palacio de Herminia

—¿Está arriba Edmundo?— preguntó el joven al portero.

Este, por toda respuesta le contó cómo el día que siguió al de su partida, dieron con el cadáver de su amigo, al lado de una tabla que al caer le había aplastado el cráneo.

—Nunca ha podido averiguarse,— añadió el portero,— qué se proponía hacer con la tabla aquella.

Eduardo lo adivinó todo y quedó estupefacto. Luego preguntó:

—¿Y por qué derriban el palacio del lado?

—Porque la señorita Herminia, al partir para Italia, hace tres meses, lo vendió, y el nuevo propietario acaba de efectuarlo también para que en el sitio que ocupa puedan abrir una calle.

Eduardo se subió á su casa hecho un loco, y lo halló todo tal cual él lo dejara; vió la ventana, que todavía no estaba derribada, se vistió, escapó á la calle, corrió á casa de María y encontró en ella las mismísimas personas que seis meses antes, época en la cual hemos dado comienzo á esta historia. La única dife-

rencia que había, era que, en vez de estar jugando al sacanete, estaban haciendo un veintiuno.

Ahí toda la modificación que experimentara la vida de su antigua amante.

FIN